

La causa por la que se llegue tarde o no se llegue nunca a la perfección, es porque se sigue casi siempre a la naturaleza y a los sentimientos humanos. Nos dejamos conducir muy poco, y a veces nada por el Espíritu Santo, a quien pertenece alumbrarnos, dirigirnos y calentarnos.

La mayor parte de los religiosos –incluso los buenos y virtuosos– no siguen en su conducta particular y en el modo de guiar a los otros, más que la regla de la razón y del sentido común, en lo que algunos de ellos destacan. Este sistema es bueno, pero no basta para la perfección cristiana.

Estas personas se guían generalmente por el sentir común de los que viven con ellos; y como éstos son imperfectos –aunque su vida no sea desarreglada– como el número de los perfectos es muy pequeño, nunca llegarán a las sublimes vías del espíritu; viven como el vulgo, y su forma de gobernar a los demás es imperfecta.

El Espíritu Santo espera durante algún tiempo para que entren en su interior y para que, dándose cuenta de las operaciones de la gracia y de las de la naturaleza, se dispongan a seguir su dirección; pero si abusan del tiempo y del favor que les ofrece, al fin los abandona a ellos mismos y los deja en esa oscuridad e ignorancia interior que se han buscado, y en la que viven en medio de grandes peligros para su salvación.

II

Con verdad puede decirse que hay muy pocas personas que estén constantemente en los caminos de Dios. Algunas se separan de ellos sin cesar; el Espíritu Santo las llama con sus inspiraciones; mas como no son dóciles y están llenas de ellas mismas y de apegos a sus sentimientos, hinchadas con su propia sabiduría, no se dejan conducir fácilmente y sólo muy raras veces entran en el camino de los designios de Dios, permaneciendo en él poco tiempo y volviendo enseguida a sus ideas, que son las que les hacen engañarse. De esta forma no adelantan mucho, y cuando les llega la muerte no han andado más que veinte pasos, pudiendo haber recorrido diez mil, si hubiesen seguido la dirección del Espíritu Santo.

Al contrario, las personas verdaderamente interiores y que se dejan guiar por la luz del Espíritu de Dios, que han seguido con perfecta sumisión y a la que se han dispuesto purificando su corazón, andan a pasos de gigante y vuelan, por decirlo así, por los caminos de la gracia.

(Louis Lallemant, *Doctrina Espiritual*, IV, c. 2, a. 2)